

de las secciones. La seccion Lepelletier, conocida entonces con el nombre de seccion de las *Filles-Saint-Thomas*, era la mas animada de todas; compareció muchas veces en la barra de la Convencion para quejarse: Lacretelle el jóven le prestó su voz con el mismo valor que mostró el día que Bonaparte metraló á los parisienses sobre las escaleras de Saint-Roch: las secciones, previendo que se acercaba el momento del combate, hicieron venir de Rouen al general Danican para que se pusiera al frente de ellas. Puede juzgarse del miedo y de las ideas de la Convencion por los defensores que convocó enrededor suyo: «A la cabeza de los republicanos», dice Real en su *Ensayo sobre la jornada del vendimiario* que se llamó al *batallón sagrado de los patriotas de 89*, y se convocaron á sus filas á los veteranos de la revolucion que habian hecho las seis campañas; que se habian batido debajo de los muros de la Bastilla; que habian derrocado la tiranía, y que se armaban entonces para defender el mismo edificio que habian atacado el 10 de agosto. Allí encontré los restos preciosos de aquellos antiguos batallones de liegenses y belgas, bajo las órdenes de su anciano general Tyon.»

Real concluye esta narracion con el siguiente apóstrofe:—«¡Oh, tú, por quien hemos vencido á la Europa con un gobierno sin gobernantes y con ejércitos sin pagas; genio de la libertad, tú velabas aun sobre nosotros!» Aquellos orgullosos campeones de la libertad crecieron demasiado en pocos días, yendo á concluir sus himnos á la independencia en las oficinas de la policia de un tirano. Aquel tiempo no es hoy día considerado sino como un escalon roto, sobre el que pasó la revolucion. ¡Cuántos hombres han hablado y obrado con energía, y se han apasionado de hechos de que nadie se ocupa! Los vivos recogen el fruto de las existencias olvidadas que se han gastado por su causa.

Llegaba ya la renovacion de la Convencion, y las asambleas preparatorias eran convocadas; las secciones, los comités, los clubs, se agitaban á cual mas.

Amenazada la Convencion por la opinion general, conoció que le era preciso defenderse: Danican opuso á Barras, nombrado jefe de la fuerza armada de París y del interior. Habiendo encontrado á Bonaparte en Tolon, y acordándose de él por instigacion de Mad. de Beauharnais, Barras comprendió lo útil que le podria ser aquel hombre, y le hizo ocupar la plaza de segundo jefe. El futuro director, ocupando á la Convencion con la narracion de las jornadas del vendimiario, declaró que únicamente á las sabias y prontas disposiciones de Bonaparte se debía la salvacion de París, habiendo distribuido las fuerzas con sumo acierto. Napoleon derrotó las secciones, y dijo:—*He puesto mi sello sobre la Francia*. Atila habia ya dicho:—«Yo soy el martillo del universo, *ego malleus orbis*.»

Despues de la victoria, Napoleon temió haber perdido su popularidad, y aseguró que daría muchos años de su vida por borrar aquella página de su historia.

Existe una narracion del vendimiario, escrita por Napoleon, en que se esfuerza por probar que fueron las secciones las que rompieron el fuego. En su encuentro tal vez pudo figurarse que se hallaba aun en Tolon; el general Carteaux estaba á la cabeza de una columna sobre el Puente-Nuevo; una compañía de marseleses marchaba sobre Saint-Roch; los puntos ocupados por los guardias nacionales fueron tomados sucesivamente. Real, de quien ya he hablado, concluye su exposicion con estas tonterías tan creídas por los parisienses: un herido que atravesaba el salon de las Victorias reconoció una bandera que él habia cogido:—«No pasemos de aquí, dijo: quiero morir en este sitio.» La esposa del general Dufraisse rasga su camisa para hacer vendas; las dos hijas de Durocher administran vinagre y arguardiente; Real lo atribuye todo á Barras: adulacion que prueba que en el año iv

Napoleon, vencedor en provecho de otro, no era aun digno de ser adulado.

Segun parece, Bonaparte no esperaba sacar grandes ventajas de su victoria sobre las secciones, porque por entonces escribió á Burienne:—«Busca una pequeña posesion en tu hermoso valle del Jonne; la compraré cuando tenga dinero; pero no olvides que no quiero que sea de bienes nacionales.» Bonaparte mudó de parecer en el imperio, y ha hecho mucho aprecio de estos bienes.

Estos motines del vendimiario cierran la época de los motines, que no se renovaron hasta el año 1830, para poner fin á la monarquia.

Cuatro meses despues de las jornadas del vendimiario, el 19 ventoso (9 de marzo) del año iv, Bonaparte se casó con María Josefa-Rosa de Tascher. El acta no hace mencion alguna de la viuda del conde de Beauharnais. Tallien y Barras fueron los testigos del contrato. En el mes de junio, Bonaparte fue nombrado general de las tropas acantonadas en los Alpes marítimos; Carnot reclamó contra Barras el honor de este nombramiento. El mando del ejército de Italia se llamaba entonces *el dote de Mad. de Beauharnais*. Napoleon, cuando dice en Santa Elena con desprecio que él creyó haberse unido á una señora de alto rango, se muestra seguramente muy desagradecido.

Llega la época en que Napoleon entra en el lleno de su destino: hasta entonces habia necesitado de los hombres, y los hombres van ahora á necesitar de él: los sucesos le habian conducido hasta allí: él va á conducir los sucesos. Acaba de pasar al través de las desgracias á que se hallan condenadas las naturalezas superiores antes de llegar á ser conocidas y obligadas á humillarse ante las medianías, cuyo patrocinio les es indispensable: la simiente de la mas elevada palmera se ve al principio encerrada por el árabe en un vaso de arcilla.

#### CAMPAÑA DE ITALIA.

Habiendo llegado al cuartel general del ejército de Italia, en Niza, Bonaparte halló á los soldados faltos de todo lo necesario, sin zapatos, sin pan, sin disciplina. Tenia entonces veinte y ocho años; bajo sus órdenes, Massena mandaba treinta y seis mil hombres. Esto fue en el año de 1796. Abrió su primer campaña el día 20 de marzo, fecha famosa, que debia grabarse muchas veces en su vida. Derrota á Beaulieu en Montenotte; dos días despues en Millésimo divide los dos ejércitos austriaco y sardo. En Ceva, en Mondovi, en Fosano y en Cherasco continúan sus triunfos, y el genio de la guerra se postra ante él. La siguiente proclama hace resonar una voz nueva, lo mismo que los combates habian anunciado un hombre nuevo:

«¡Soldados! En quince días habeis alcanzado seis victorias, cogido veinte y una banderas, cincuenta y cinco piezas de artillería, quince mil prisioneros, muerto ó herido mas de diez mil hombres. Habeis ganado batallas sin necesidad de artillería; habeis pasado rios sin puentes, hecho marchas forzadas sin zapatos, vivaqueado sin aguardiente, y muchas veces sin pan. Las falanjes republicanas, los soldados de la libertad son únicamente capaces de sufrir lo que habeis sufrido vosotros: ¡gracias os sean dadas por ello, soldados.!»

«¡Pueblos de Italia! el ejército francés viene á romper vuestras cadenas; el pueblo francés es el amigo de todos los pueblos. Nosotros no aborrecemos sino á los tiranos que nos esclavizan.»

El 15 de mayo quedó concluido el tratado de paz entre la república francesa y el rey de Cerdeña: la Saboya, cedida á la Francia, con Niza y Tenda: Napoleon, avanzando siempre, escribe á Carnot:

«Por fin hemos pasado el Po, y empieza la segunda campaña: Beaulieu se halla desconcertado; calcula muy mal, y cae siempre en los lazos que se le tienden: tal vez pretenda presentar una batalla, porque este hombre tiene la audacia del furor, y no la del genio. Una victoria mas, y somos dueños de Italia. En el momento en que detengamos nuestros movimientos haremos uniformar el ejército. Siempre está temible y bien mantenido; el soldado no come mas que pan de Conesse, buena carne y en cantidad suficiente, etc. La disciplina se restablece de día en día, pero se hace indispensable fusilar á menudo, porque hay hombres intratables, que no pueden ser mandados. Es incalculable lo que hemos cogido al enemigo. Cuanta mas gente me envíeis, con tanta mas facilidad podré mantenerlos. Os remito veinte cuadros de los primeros autores, de Correggio y de Miguel Angel. Os doy infinitas gracias por las atenciones que os dignais tener con mi esposa, y os la recomiendo: es una patriota sincera y la amo con locura. Creo que las cosas van bien, pudiéndoos enviar una docena de millones á París lo que no os vendrá mal para el ejército del Rhin. Enviadme cuatro mil soldados de caballería desmontados, que yo les buscaré aquí caballos. No os debo ocultar que desde la muerte de Stengel no tengo un oficial superior de caballería que se bata. Desearia que me pudierais enviar dos ó tres ayudantes generales, que tengan corazon y una resolucion firme de no hacer nunca sabias retiradas.»

Esta es una de las cartas notables de Napoleon. ¡Qué vivacidad! ¡Qué diversidad de genio! Unida á la inteligencia del héroe se ve en la profusion triunfante de los cuadros de Miguel Angel una picante burla contra un rival al hablar de esos ayudantes generales que tengan una firme resolucion de no hacer nunca sabias retiradas. El mismo día escribia Bonaparte al directorio para darle aviso de la suspension de armas concedida al duque de Palma, y del envio de San Gerónimo de Correggio. El 11 de mayo anunció á Carnot el paso del puente de Lodi que lo hizo dueño de Lombardia. Si no marcha en seguida sobre Milan es porque quiere seguir y acabar de una vez con Beaulieu. «Si me apodero de Mantua, ya no habrá nada que me detenga para penetrar en Baviera, y en dos décadas puedo hallarme en el corazon de la Alemania. Si los dos ejércitos del Rhin entran en campaña, os ruego que me informéis de su posicion. Seria muy honorífico para la república el ir á firmar el tratado de paz de los tres ejércitos reunidos en el corazon de la Baviera y del Austria asombradas.»

El agente no marcha, vuela, cargado con las banderolas de las victorias suspendidas en su cuello y en sus alas.

Se queja de que se le quiere dar por compañero á Kellermann: «Yo no puedo servir de buena voluntad con un hombre que se cree el primer general de Europa, y creo que un mal general vale mas que dos buenos.»

El 1.º de junio de 1796 los austriacos son expulsados enteramente de Italia y nuestros puestos avanzados iluminan los montes de Alemania: «Nuestros granaderos y nuestros carabineros, escribe Napoleon al directorio, juegan y rien con la muerte. Nada hay que se iguale con su intrepidez sino la alegría con que hacen las mas penosas marchas. Sin duda creereis que llegados al alojamiento duermen: pues nada menos que eso: cada uno echa su cuenta ó su plan de operaciones del día siguiente, y muchas veces con mucho tino. Días pasados veia yo desfilir una media brigada; un cazador se acercó á mí: «General, me dijo: es preciso hacer esto.—Desgraciado, le dije: ¿quieres callar? Y desapareció en el momento: en vano le he hecho buscar: lo que él me dijo era precisamente lo que yo mismo habia mandado que se hiciese.»

Los soldados hicieron pasar á su comandante por todos los grados: en Lodi le hicieron cabo, en Castiglione sargento.

El 17 de noviembre se presentan delante de Areola: el jóven general pasa el puente que le ha hecho famoso: diez mil hombres quedan sobre el campo.—«¡Esto era un canto de la Iliada!» exclamaba Napoleon al solo recuerdo de esta accion.

En Alemania, Moreau verificaba la célebre retirada, llamada por Napoleon una *retirada de sargento*. Este se preparaba á decir á su rival en tanto que derrotaba al archiduque Carlos:

Je suivrai d'assez près votre illustre retraite  
Pour traîner avec lui sans besoin d'interprete.

«Seguiré de cerca vuestra gloriosa retirada para tratar con él sin necesidad de intérprete.»

El 16 de enero de 1797 se renovaron las hostilidades con la batalla de Rivoli. En dos encuentros con Wurmser, uno en San Jorge y otro en la Favorita, tuvo este una pérdida de cinco mil muertos y veinte mil prisioneros; el resto se encierra en Mantua; pero la ciudad bloqueada tiene que capitular, y se rinde Wurmser con los doce mil hombres que le quedan.

A esto siguió bien pronto la invasion de la Marca de Ancona; mas adelante el tratado de Tolentino pone á disposicion de la Francia perlas, diamantes; preciosos manuscritos, el cuadro de la Transfiguracion, el Laocoonte, el Apolo de Belvedere, y termina aquella serie de operaciones por las cuales en menos de un año son derrotados cuatro ejércitos austriacos, quedando sometida la Alta Italia y empezado á someter el Tirol; no hay tiempo para prepararse: el relámpago y el rayo se presentan á la vez.

El archiduque Carlos, que habia acudido á defender el Austria anterior con un nuevo ejército, se ve precisado á pasar el Tagliamento; Gradissa se rinde, Trieste queda en poder de los franceses; y se firman en Leoben los preliminares de la paz entre Francia y el Austria.

Venecia, formada en medio de las ruinas del imperio romano, vendida y destrozada por los disturbios políticos, habia abierto sus lagunas y sus palacios: el 31 de mayo de 1797 se verificó una revolucion en Génova, survival, y nace la república liguriense. Hubiérase asombrado Bonaparte si de en medio de sus conquististas hubiese podido ver que se apoderaba de Venecia para que fuese despues del Austria, de las legaciones para Roma, de Nápoles para los Borbones, de Génova para el Piamonte, de España para Inglaterra, de Westfalia para la Prusia, de la Polonia para Rusia, semejante á los soldados que en el saqueo de una ciudad cargan con un botin que se ven obligados á arrojar despues por no poder llevarlo, y que entre tanto pierden su patria.

El 9 de julio proclamó su existencia la república cisalpina. La correspondencia de Bonaparte está sembrada de relatos de las revoluciones dependientes de la de Francia, como Mahoma con la espada y el Alcoran, los franceses corrian con la espada en una mano y los derechos del hombre en la otra.

Bonaparte no dejaba escapar ningun detalle en el conjunto de sus movimientos generales; tan pronto teme que los ancianos de los grandes pintores de Venecia, de Bolonia y de Milan no estén bien humedecidos al pasar el Mont-Cenis, como se inquieta por un manuscrito de la biblioteca de San Ambrosio, rogando al ministro del Interior le participe su ingreso en la biblioteca nacional. Asimismo manifiesta su opinion al directorio sobre sus generales:

«Bertier; talento, actividad, valor, firmeza, todo lo tiene.»

»Angereau; mucha firmeza de carácter, valor, constancia, actividad; es querido del soldado; y feliz en sus operaciones.

»Massena; activo, infatigable, tiene mucho atrevimiento, buen golpe de vista, y prontitud en decidirse.

»Serrurier; se bate como un soldado, no acepta ninguna responsabilidad, es firme, no tiene muy buena opinion de sus tropas, es enfermizo.

»Despinós; flojo, pesado, sin osadía; no se ocupa de la guerra, no es querido del soldado ni se bate á su cabeza; por otra parte es altanero, tiene sanos principios y sano criterio político; bueno para mandar en el interior.

»Sauret; bueno, excelente soldado, no muy instruido para ser general, poco afortunado.

»Abatucci; no vale para mandar cincuenta hombres: etc. etc.»

Bonaparte escribía al jefe de los *mainottes*.

«Los franceses aprecian el pequeño pero valiente pueblo que, único resto de la antigua Grecia, ha conservado su virtud; los dignos descendientes de Esparta, á los que no ha faltado otra cosa para hacerse tan famosos como sus antepasados que el hallarse en un teatro mas vasto.» Da cuenta á las autoridades de la toma de posesion de Corfu: «La isla de Corcyro, dice, era, segun Homero, la patria de la princesa Nausicaa.» Envía el tratado de paz concluido con Venecia: «Nuestra marina ganará con él cinco ó seis navios de guerra, tres ó cuatro fragatas, y ademas tres ó cuatro millones de cordajes. Que me envíen marineros franceses ó corsos; y yo tomaré de los de Mantua y de Gesarda. Mañana salen, un millon para Tolon, dos millones, etc. etc., que forman la suma de cinco millones, enviados de Italia durante la nueva campaña. He encargado á... que vaya á Sion para que procure entablar negociaciones con el Valesado. He enviado un excelente ingeniero para saber lo que costaría establecer este camino (el Simplon)... He encargado al mismo ingeniero que viese lo que se necesitaba para hacer desaparecer la roca en la que se quiebra el Ródano; haciendo posible con esto la explotación de la madera del Valesado y de Saboya.» Avisa de la salida de un cargamento de trigo y de cueros que dirigia á Génova. Regala al bajá de Scutari cuatro cajones de fusiles en prueba de su amistad, y manda enviar á Milan algunos hombres sospechosos, prendiendo á algunos otros. Escribe al ciudadano Grogniard, comisario de la marina de Tolon: «Yo no soy vuestro juez, pero si os halláseis bajo mis órdenes, os reduciría á prision por haber asentido á una requisicion ridícula.» En una nota enviada al ministro del papa, dice: «El papa pensará, segun creo, que es muy digno de su sabiduría y de la mas santa de las religiones el dar una bula ó mandamiento que obligue á los sacerdotes á obedecer al gobierno.»

Al mismo tiempo ocupábase de las negociaciones con las nuevas repúblicas, detalles para las fiestas de Virgilio y Ariosto, de la explicacion y traduccion de los veinte cuadros y de los quinientos manuscritos de Venecia; y todo esto lo hacia al atravesar la Italia, ensordecida con el ruido de los combates, y que era entonces una hoguera donde los granaderos franceses vivian en medio del fuego, como las salamandras.

En medio de este amontonamiento de sucesos y de triunfos, llegó el 18 fructidor, favorecido por las proclamas de Bonaparte, y por las deliberaciones de su ejército, en pugna con el ejército del Mosa. Entonces desapareció el que tal vez injustamente habia pasado por autor de los planes de las victorias republicanas; se asegura que Danissy, Lafitte y d'Arcon, tres genios militares, fueron los que dirigieron estos planes.

Carnot se halló proscripto para la influencia de Bonaparte.

El 17 de octubre firmó este el tratado de paz de Campo-Formio: la primera guerra continental de la revolucion concluyó á treinta leguas de Viena.

CONGRESO DE RADSTADT. — VUELTA DE NAPOLEON Á FRANCIA. — NOMBRAMIENTO DE NAPOLEON PARA EL MANDO DEL EJERCITO LLAMADO DE INGLATERRA. — SALE PARA LA EXPEDICION DE EGIPTO.

Habiéndose reunido un congreso en Radstadt y nombrado Bonaparte representante por el directorio, se despidió del ejército de Italia. «Solo me consuela, le dijo, la esperanza de volverme á ver muy pronto entre vosotros, luchando con nuevos peligros.» El 16 de noviembre de 1797 anunció en su orden del dia que habia salido de Milan para ir á presidir la legacion francesa en el congreso, y que enviaba al directorio la bandera del ejército de Italia.

En una de las caras de esta bandera habia mandado bordar Bonaparte el resumen de sus conquistas. «Ciento cincuenta mil prisioneros, diez y siete mil caballos, quinientas cincuenta piezas de artillería de sitio, seiscientas piezas de campaña, cinco equipajes de puentes, nueve navios de cincuenta y cuatro cañones, doce fragatas de treinta y dos, doce corbetas, diez y ocho galeras; armisticio con el rey de Cerdeña; convenio con Génova; armisticio con el duque de Parma, con el duque de Módena, con el rey de Nápoles, con el papa; preliminares de Leoben; convenio de Montebello con la república de Génova; tratado de paz con el emperador en Campo-Formio; da la libertad á los pueblos de Bolonia, Ferrara, Módena, Massa Carrara, de la Romanía, de la Lombardia, de Brescia, de Bergamo, de Mantua, de Crémone, de una parte del Veronesado, de Chiaverna, Bormio y de la Valtelina, al pueblo de Génova, á los feudos imperiales, al pueblo de los departamentos de Corcyro, del mar Egeo y de Itaca.

»Enviadas á Paris las obras maestras de Miguel Angel, de Guerin, del Ticiano, de Pablo el Veronés, Correggio, Albano, de los Carrache, Rafael, Leonardo de Vinci, etc.

»Este monumento del ejército de Italia, dice la orden del dia, se suspenderá de la bóveda del salon de sesiones públicas del directorio, dando así testimonio de las hazañas de nuestros guerreros cuando haya desaparecido la presente generacion.»

Despues de un convenio puramente militar, que estipula la entrega de Maguncia á las tropas de la república, y de Venecia á las tropas austriacas, Bonaparte marchó de Radstadt y dejó sus poderes en el congreso en manos de Treilhard y de Bonnier.

En los últimos tiempos de la campaña de Italia Bonaparte tuvo muchos disgustos, causados por la envidia de algunos generales y del directorio; por dos veces habia ya ofrecido su dimision; pero aunque los miembros del gobierno la deseaban, no se atrevian á aceptarla. Los sentimientos de Bonaparte no se acomodaban al espíritu del siglo; cedía con disgusto ante los intereses nacidos de la revolucion, y de aquí las contradicciones de sus actos y de sus ideas.

De vuelta á Paris fué á parar á su casa, calle de Chantereine, que tomó, y conserva aun, el nombre de *calle de la Victoria*. El consejo de los ancianos quiso regalar Chambord á Napoleon, que era obra de Francisco I, y que no recuerda otra cosa que el destierro del último hijo de San Luis. Bonaparte fue presentado en el directorio el 10 de diciembre de 1795, en el patio del palacio de Luxemburgo. En medio de él se alzaba un altar de la patria, sobre el que se hallaban colocadas las estatuas de la Libertad, de la Igual-

dad y de la Paz. Las banderas conquistadas formaban un dosel, bajo el que se hallaban varios de los miembros del directorio, vestidos en traje antiguo; la sombra de la victoria descendía de estas banderas, bajo las cuales hacia alto la Francia por un momento. Bonaparte estaba vestido con el uniforme que llevó en Arcola y en Lodi. Mr. de Tellegrand recibió al vencedor al lado del altar, acordándose de haber dicho misa hacia poco sobre otro. Fugitivo, vuelto de los Estados- Unidos, y encargado por la proteccion de Chenier del ministerio de Negocios Extranjeros, el obispo de Autun, con el sable al costado, estaba cubierto con un sombrero á lo Enrique IV. La importancia de los sucesos imponia que se tomase á risa estas transformaciones de trajes.

El prelado hizo el elogio del conquistador de Italia: «Gusta, dice, de los cánticos de Ossian sobre todo, porque ellos separan de la tierra. Lejos de temer lo que se llama su ambicion, nos será preciso tal vez el ir á solicitarla algun dia, para arrancarle de las dulzuras de su retiro.»

¡Prediccion maravillosa!

El hermano de San Luis en Gaudelle, Carlos VIII en Fornone, Luis XII en Aguadel, Francisco I en Mariñan, Lautrec en Rávena, Catinat en Turin, se hallan á mucha distancia del nuevo general. Los triunfos de Napoleon no han tenido ejemplo.

Los miembros del directorio, temiendo un despotismo superior que amenazaba todos los despotismos, habian visto con inquietud los homenajes que se tributaban á Napoleon, trataban de desembarazarse de su presencia, y daban pábulo á los deseos que manifestaba hacia una expedicion en el Oriente. Decia Napoleon: «La Europa es un monton de tierra insignificante; no ha habido grandes imperios y grandes revoluciones sino en el Oriente, ya no puedo aquí adquirir mas gloria; esta reducida Europa no puede dar mas de sí.»

Napoleon, como un niño, hallábase muy contento por haber sido elegido miembro del Instituto. Pedia únicamente el plazo de seis años para ir á las Indias y volver: «No tengo mas que veinte y nueve años; decia para sí; soy muy jóven; cuando vuelva tendré treinta y cinco.»

Nombrado general de un ejército denominado de Inglaterra, y que se hallaba distribuido en Brest y en Amberes, pasó su tiempo en inspecciones, en excitar á las autoridades civiles y científicas, en tanto que se reunian las tropas que debian componer el ejército de Egipto. Sobrevino la cuestion de la bandera tricolor y del gorro encarnado que el embajador francés en Viena, el general Bernadotte, habia colocado sobre la puerta de su palacio. El directorio se disponia á retener á Napoleon para oponerle á una nueva guerra posible, cuando Mr. de Cobenzel previno el rompimiento, y Bonaparte recibió la orden de marchar. La Italia republicana, la Holanda trasformada en república, la paz dejando soldados inútiles á la Francia extendidos hasta el Rhin, el directorio en su tímida prevision se apresuró á alejar al vencedor. Los sucesos del Egipto cambiaron á la vez la fortuna y el genio de Napoleon, añadiendo nuevo esplendor á su genio ya demasiado brillante, con un rayo de sol que iluminó la columna de nube y de fuego.

EXPEDICION DE EGIPTO. — MALTA. — BATALLA DE LAS PIRÁMIDES. — EL CAIRO. — NAPOLEON EN LA GRAN PIRÁMIDE. — SUEZ.

Tolon 19 de mayo de 1798.

PROCLAMA.

«Soldados: Vosotros sois una de las alas del ejército de Inglaterra.

»Hebeis hecho la guerra en las montañas, en las llanuras, en las ciudades; os falta ahora hacer la guerra marítima.

»Las legiones romanas, á quienes habeis imitado algunas veces, pero con las que nunca os habeis aun igualado, combatian á un mismo tiempo contra Cartago sobre estos mares y sobre las llanuras de Zama. La victoria jamás les abandonó, porque siempre fueron valientes, sufridos en las fatigas, disciplinados, y siempre estuvieron unidos entre sí.

»¡Soldados: la Europa tiene fijos sus ojos sobre vosotros! Teneis grandes empresas que llevar á cabo, batallas, peligros y fatigas que vencer; hareis aun mas de lo que hasta aquí habeis hecho por la prosperidad de la patria, por la felicidad de los hombres y por vuestra propia gloria.»

Despues de esta proclama, llena de recuerdos, se embarcó Napoleon. Cree uno hablar de Homero ó del héroe que guardaba los cantos de Moisés en una caja de oro. Este hombre no camina despacio: apenas ha postrado la Italia á sus piés, aparece en Egipto: novelesco episodio con que ennoblesce su vida real. Lo mismo que Carlomagno, une á su historia una epopeya. En la biblioteca que llevó consigo se hallaba á *Ossian*, *Werther*, *La Nueva Eoloia* y *El Antiguo Testamento*: extraño conjunto que demuestra el caos de la cabeza de Napoleon. Confundía las ideas positivas con los sentimientos romancescos, los sistemas y las utopias, los estudios serios y los delirios de la imaginacion, la sabiduría y la locura. De estos abortos incoherentes del siglo sacó su imperio: sueño inmenso, pero rápido, como la noche que le habia engendrado.

El 9 de mayo de 1798 entró Bonaparte en Tolon, y fué al hotel de la Marina; diez dias despues se embarcó en el navio almirante *El Oriente*; el 19 de mayo se dió á la vela, y salió del mismo punto en que por la primera vez habia derramado sangre, y sangre francesa. Los asesinatos de Tolon le prepararon para los de Jaffa. Llevaba consigo á los generales primogénitos de su gloria, Berthier, Caffarelli, Kleber, Desaix, Lannes, Murat y Menon, yendo acompañado de trece navios de línea, catorce fragatas y cuatrocientos barcos de transporte.

Nelson le dejó escapar del puerto y le perdió de vista en el mar, aunque nuestros navios llegaron á estar á seis leguas de distancia de los navios ingleses. Desde el mar de la Sicilia vió Napoleon la cima de los Apeninos, y exclamó: «No puedo ver sin emocion la tierra de Italia; allí está el Oriente; vamos á él.» Al divisar á Ida habló de Minos y de la sabiduría de los pueblos antiguos. En la travesía, Bonaparte se complacia en reunir á las personas mas científicas que le acompañaban, y promovía discusiones, en las que se unia regularmente á la opinion mas absurda ó á la mas atrevida: informábase de si los planetas estaban habitados cuando fueron destruidos por el fuego y por el agua, como si se hallase encargado de la inspeccion del ejército celeste.

Llega á Malta, desaloja la antigua orden de caballería refugiada en el agujero de una roca marina, y despues invade las ruinas de la ciudad de Alejandro. Al amanecer divisa la columna de Pompeyo, que veia yo desde mi navio al alejarme de la Libia. Desde aquel momento, inmortalizado por un grande y triste nombre, se lanza y escala las murallas, tras de las que se hallaba en otro tiempo el *depósito de los remedios del alma* y las agujas de Cleopatra, hoy por tierra entre los descarnados perros. Fuérganse las puertas de Rosetta, y las tropas francesas se precipitan en los dos puertos y en el faro. ¡Espectáculo horroroso! El ayudante general Boyer escribe á su familia lo siguiente:

«Los turcos, desalojados de todas sus posiciones,

se acogen á la casa de su dios y de su profeta : invaden las mezquitas ; hombres , mujeres , ancianos , jóvenes y niños , todos son asesinados .»

Bonaparte habia dicho al obispo de Malta : — « Podéis asegurar á vuestra diócesis que la religion católica apostólica romana no solo será respetada , sino que sus ministros serán especialmente protegidos .» Al llegar á Egipto dijo : — « Pueblos de Egipto , yo respeto mas que los mamelucos á Dios , á su profeta y al Koran . Los franceses son amigos de los musulmanes . Há poco que marchando sobre Roma han derrocado el trono del papa , que enseñaba á los cristianos contra los sectarios del islamismo . Despues han dirigido su rumbo

hacia Malta , y han expulsado de allí á los que se decian enviados de Dios para hacer la guerra á los musulmanes . . . Si los mamelucos son los arrendadores del Egipto , enseñen la escritura que Dios les ha otorgado .»

Napoleon , delante de las pirámides , gritó á sus soldados : — « Tened presente que de lo alto de esos monumentos cuarenta siglos os contemplan .» Entra en el Cairo ; su flota se abrasa en Aboukir ; el ejército de Oriente queda separado de la Europa . Julian ( de la Drome ) , hijo de Julian el convencienista , testigo de aquella catástrofe , la cuenta por minutos :

« Son las siete ; la noche se adelanta , y el fuego si-



ESPEDICION DE BONAPARTE A EGIPTO.

gue cada vez con mas fuerza . A las nueve y algunos minutos ; el navío estalla . Las diez ; el fuego se debilita , y la luna se levanta por la derecha del sitio en que he visto la explosion del navío .»

Bonaparte en el Cairo declara al gefe de la religion que él será el restaurador de las mezquitas : envia su nombre á la Arabia , á la Etiopia y á las Indias . El Cairo se levanta , y Bonaparte lo bombardea en medio de una tempestad : el inspirado dice á los creyentes : — « Podria yo pedir cuenta á cada uno de vosotros de los mas secretos sentimientos de vuestro corazon , porque yo lo sé todo , aun aquello que á nadie habeis revelado .» El gran scherif de la Meca le titula en una carta el *protector de la Kaaba* (1) : el papa , en una comunicacion , le dice *mi muy querido hijo* .

(1) Kaaba , ó sea santa mezquita de la Meca , que segun Mahoma fue edificada por Adán , Abraham é Ismael , en la que se halla la célebre piedra negra engastada en un marco de plata que servia en otro tiempo de ídolo á los árabes paganos . Junto al templo se halla el pozo de Ismael . Entrase á la Kaaba por unas puertas de plata que no se abren mas

Por una debilidad de su naturaleza , Bonaparte preferia muy á menudo su lado débil á su lado fuerte . No le satisfacía el ganarlo todo de un golpe ; la mano que pesaba sobre el mundo se complacia en hacer juegos de manos ; seguro , cuando usaba de sus facultades , de desquitarse de las pérdidas , su genio era el reparador de su carácter . ¿ Por qué no se presentó desde luego como el heredero de los caballeros andantes ? Por su posicion equívoca , á los ojos de los pueblos era un falso cristiano y un falso mahometano . Admirar las impiedades sistemáticas , no roconocer su miseria , es engañarse miserablemente ; y no puede uno menos de llorar cuando el gigante se dedica al ridículo papel de hipócrita . Los infieles ofrecieron á San Luis cautivo la corona de Egipto , porque se habia siempre conservado , decian los historiadores árabes , el mas orgulloso cristiano que se ha conocido jamás .

que tres veces al año . Una vez la abren los hombres , otra las mujeres , y otra vez se abre para lavar el edificio , no pudiéndose penetrar en él sino de rodillas . Hay dentro cuarenta eunucos encargados de su custodia y de su aseo .

(N. del T.)

Quando estuve yo en el Cairo , esta ciudad conservaba la huella de los franceses : habia un jardin público , obra nuestra , plantado de palmeras . En otro tiempo se hallaba rodeado de fondas , pero desgraciadamente nuestros soldados , semejantes á los antiguos

egipcios , paseaban un ataud enrededor de sus festines .

¡ Qué espectáculo tan admirable si se pudiese creer en él ! Bonaparte , sentado en el interior de la pirámide de Cheops , sobre el sarcófago de un Faraon , cu-



BATALLA DE LAS PIRAMIDES.

ya momia habia desaparecido , y hablando con los muphtis y los imanes . Sin embargo , copiemos lo que dice *El Moniteur* como un trabajo de la musa . Ya que no sea la historia material de Napoleon , es la historia de su inteligencia ; y esto es algo . Oigamos salir de las entrañas de un sepulcro esa voz que oirán todos los siglos .

(*Moniteur* 27 de noviembre de 1797.)

« En el día de hoy , 25 termidor del año IV de la

república francesa , una é indivisible , correspondiente al 28 de la luna de Mucharim , el año de la egira 1213 el general en gefe , acompañado de muchos oficiales de estado mayor del ejército y de muchos miembros del Instituto nacional , se trasladó á la gran pirámide llamada de Cheops , dentro de la cual le esperaban muchos muphtis é imanes encargados de enseñarle su construccion interior .

« La última sala en que se detuvo el general en gefe está en forma de bóveda muy aplanada , y tiene treinta y dos pies de larga , diez y seis de ancho , y diez y

nueve de altura. Allí no vió mas que una sepultura de granito de cerca de ocho piés de largo sobre unos cuatro de espesor, que contenía la momia de un Faraon. Sentóse sobre aquella mole de granito, é hizo tomar asiento á su lado á los muphtis é imanes, Suleiman, Ibrahim y Mahamed, con los que tuvo la siguiente conversacion en presencia de toda su escolta:

»Bonaparte. Dios es grande, y sus obras son maravillosas. ¡Hé aquí un gran trabajo de la mano del hombre! ¿Qué fin se llevaría el que hizo construir esta pirámide?

»Suleiman. Fue un poderoso rey de Egipto, cuyo nombre se cree que era Cheops. Quería impedir que los sacrilegos viniesen á turbar el reposo de sus cenizas.

»Bonaparte. El gran Ciro mandó que le enterraran al aire libre para que su cuerpo volviese á los elementos: ¿piensas tú que no obró con mas cordura, lo crees tú?

»Suleiman (inclinándose). ¡Gloria á Dios, á quien toda gloria es debida!

»Bonaparte. ¡Gloria á Allah! no hay mas Dios que Dios; Mahoma es su profeta, y yo soy uno de sus amigos.

»Ibrahim. ¡Que los ángeles de la victoria barran el polvo de tu camino y te cubran con sus alas! El mameuco ha merecido la muerte!

»Bonaparte. Ha sido entregado á los ángeles negros Moukir y Quarquir.

»Suleiman. El extendió las manos de la rapiña sobre las tierras, las mieses y los caballos del Egipto.

»Bonaparte. Los tesoros, la industria y la amistad de los francos serán compartidos con vosotros en tanto que subís al sétimo cielo, y que sentados al lado de las huris de negros ojos, siempre negros, siempre vírgenes, reposeis á la sombra del laba, cuyas ramas ofrecerán á los musulmanes todo cuanto pueden desear.»

Semejantes farsas nada disminuyen la gravedad de las pirámides:

Vingt siecles, descendus dans l'éternelle nuit;  
Y sont sans mouvement, sans lumière et sans bruit.

«Veinte siglos encondidos en la eterna noche, están allí sin movimiento, sin luz y sin ruido.»

Bonaparte, reemplazando á Cheops en aquella cripta (1) secular, hubiera aumentado su renombre, pero es falso que jamás entrase en aquel vestíbulo de la muerte.

«En el resto de nuestra navegacion por el Nilo, decía yo en el *Itinerario*, permanecí sobre el puente, contemplando aquellas tumbas... Los grandes monumentos constituyen una parte esencial de la gloria de las sociedades humanas: ellos llevan la memoria de un pueblo mas allá de su existencia y le hacen vivir contemporáneo de las generaciones que vienen á establecerse en los campos abandonados.»

Demos gracias á Bonaparte y á las pirámides por habernos justificado, á nosotros, pobres de estado, llenos de poesía, que andamos á caza de anécdotas sobre las ruinas.

Leyendo las proclamas, las órdenes del día y los discursos de Bonaparte, se convence uno de que procuraba presentarse como un enviado del cielo, imitando á Alejandro. Callisthenes, á quien el macedonio trató despues tan cruelmente en castigo sin duda de la adulacion del filósofo, fue el encargado de probar que el hijo de Filipo era hijo de Júpiter, y así se ve

(1) Nombre dado en geología á las galerías subterráneas que parecen haber sido abiertas por la mano del hombre.

en un fragmento de Callisthenes, conservado por Strabon. La *Conferencia de Alejandro*, de Pasquier, es un diálogo de muertos, entre Alejandro, el gran conquistador, y Rabelais, el burlon:

«Haz pasar ante la vista, dice Alejandro á Rabelais, todas esas comarcas que hay allá abajo, y no hallarás ningun personaje de fama que para dar autoridad á sus ideas no haya querido dar á entender que tenía grande familiaridad con los dioses.» Rabelais responde. «Alejandro, si te he de hablar con verdad, jamás me entretuve, jamás, en ocuparme de tus particularidades, ni aun en lo relativo al vino. Pero ¿qué provecho sacas ahora de tu grandeza? ¿Eres, por ventura, distinto de mí? El sentimiento de lo perdido te debe causar tanta pesadumbre, que sería mucho mejor para tí que juntamente con el cuerpo hubieras perdido la memoria.»

Y sin embargo, al ocuparse de Alejandro, se equivocaba Bonaparte con respecto á sí mismo, á la época y á la religion actual. Hoy día nadie puede hacerse pasar por un dios. Las hazañas de Napoleon en el Levante no se hallaban aun unidas á la conquista de Europa, y no habian tenido resultados suficientemente grandes para imponer á los musulmanes, aun cuando le apellidaban el *Sultan de Fuego*. «Alejandro, á la edad de treinta y tres años, dice Montaigne, habia pasado victorioso por toda la tierra habitable, y en media vida habia llegado al apogeo del poder de la humana naturaleza. Mas reyes y principes han escrito sus hazañas que historiadores han escrito las hazañas de otros reyes.»

Desde el Cairo, Bonaparte se dirigió á Suez; vió el mar, cuyas aguas separó Moisés, y que se precipitaron sobre Faraon. Reconoció las huellas del canal comenzado por Sesostris, ensanchado por los persas, y continuado por el segundo de los Ptolomeos, y cuyas obras fueron empezadas de nuevo por los sultanes, con el objeto de extender al Mediterráneo el comercio del mar Rojo. Proyectó conducir un ramal del Nilo al golfo de Arabia: en el fondo de este golfo trazó su imaginacion un nuevo Ophir, en que habria todos los años una feria para los comerciantes de perfumes, aromas, telas de seda, y de todos los objetos preciosos de Mascate, de la China, de Ceylan, de Sumatra, de Filipinas y de las Indias. Los cenobitas descendían del Sinai, y le ruegan que inscriba su nombre al lado del de Saladino en el libro de sus garantías.

De vuelta al Cairo, celebra Bonaparte el aniversario de la fundacion de la república, dirigiendo estas palabras á sus soldados: «Cinco años hace que fue amenazada la independencia del pueblo francés; pero vosotros os apoderasteis de Tolon: aquello fue el presagio de la ruina de vuestros enemigos. Un año despues derrotábais á los austriacos en Dego; el año siguiente os hallábais en la cima de los Alpes; luchábais contra Mantua: hace tres años alcanzábais la celebre victoria de San Jorge; el año pasado os hallábais en el nacimiento del Drave y del Isonzo de vuelta de Alemania. ¿Quién hubiera dicho entonces que hoy estaríais en las orillas del Nilo y en el centro del antiguo continente?»

#### OPINION DEL EJÉRCITO.

¿Pero Bonaparte, rodeado de tantos cuidados y ocupado en tantos proyectos, tenía por ventura ideas fijas? En tanto que parecia que deseaba permanecer en Egipto, la ficcion no le cegaba sobre la realidad, y escribia á su hermano José: «Pienso estar en Francia dentro de dos meses: haz de modo que á mi llegada pueda disponer de una casa de campo, bien en los alrededores de París ó bien en Borgoña, pues pienso pasar el invierno en ella.» No calculaba Bo-

naparte lo que pudiera oponerse á su vuelta: su voluntad era su destino y su fortuna. Habiendo esta correspondencia caido en poder del almirantazgo, los ingleses llegaron hasta á decir que Napoleon no habia tenido otra mision que la de hacer pérecer su ejército. En otra de las cartas de Bonaparte se queja este de la coquetería de su esposa.

Los franceses en Egipto eran tanto mas dignos de admiracion, cuanto que conocian la extension de sus males: un sargento de caballería escribia á un amigo suyo: «Di á Ledoux que nunca caiga en la tentacion de venir á este maldito país.»

Avrieny dice: «Todos los habitantes que vienen del interior dicen que Alejandría es la ciudad mas bonita que hay. ¡Ah! ¿cómo serán las demás? Figúraos un amontonamiento confuso de casas mal construidas y de un solo piso; las mas elegantes con azotea, con una pequeña puerta de madera y cerradura de lo mismo: no hay ventanas, y si únicamente una verja de madera, tan espesa, que nada puede verse por ella. Calles estrechas, si se exceptuan la del barrio de los Francos y el distrito de los grandes señores. Los habitantes pobres, que forman el mayor número, van casi desnudos, pues solo llevan una camisa azul que les llega á la mitad del muslo, un cinturón y un turbante andrajoso. ¡Estoy harto de este país encantador, y me enfurezco solo de pensar que me hallo en el maldito Egipto! Arena por todas partes. ¡Y cuántos se han llevado chasco! ¡Todos esos aventureros, ó por mejor decir, todos estos ladrones que vinieron con nosotros andan cabizbajos, y desearian volver por allí; ya lo creo!»

El capitán Rossi escribia: «Estamos en un estado miserable, y existe un descontento general en el ejército: nunca el despotismo ha llegado al grado que hoy tiene: soldados ha habido que se han dado la muerte delante de su general en jefe, diciéndole:— ¡Esta es tu obra!»

El nombre de Tallien terminará la lista de estos nombres, hoy día desconocidos:

#### Tallien á Mad. Tallien.

«En cuanto á mí, querida amiga, estoy aquí, como ya sabes, contra todo mi gusto; mi posicion se hace cada día mas insoportable, pues separado de mi país, de todos los objetos que me son queridos, no puedo saber cuando llegará el momento de aproximarme á ellos.»

«Te confieso ingenuamente que preferiria mil veces vivir contigo y con tu hija, retirado en cualquier rincón de la tierra, lejos de todas las pasiones y de todas las intrigas, y te aseguro que si tengo la dicha de volver á pisar el suelo de mi país, será para no dejarlo nunca. Entre los cuarenta mil franceses que estamos aquí no hay cuatro que piensen de distinta manera que yo.»

«Nada hay mas triste que la vida que aquí pasamos; nos hallamos faltos de todo. Cinco días hace que no he cerrado los ojos; tengo el suelo por cama; las moscas, las chinches, las hormigas, los mosquitos, todos los insectos nos devoran; y cien veces al día recuerdo nuestro retiro encantador: no te deshagas de él, querida amiga, yo te lo ruego.»

«Adios, mi buena Teresia, las lágrimas inundan mis ojos. Los dulces recuerdos de tu bondad, de nuestro amor, la esperanza de volverte á ver amante y fiel, y de abrazar á mi querida hija, sostiene únicamente al desgraciado.»

Esta unanimidad de quejas es la exageracion natural de hombres caidos de la altura de sus ilusiones: en todos tiempos los franceses han soñado con el Oriente; la edad media les habia enseñado el camino; si no tenían fe suficiente para ser llevados á conquistar el Santo Sepulcro, tenían la intrepidez de los cru-

zados, la creencia de los reyes y de las bellezas que habian acumulado al lado de Godofredo los coronistas y los trovadores. Los vencedores de Italia habian visto un país rico que invadir, caravanas que saquear, caballos, armas y serrallos que conquistar; los romances habian visto á la princesa de Antioquia, y los sabios unian sus sueños al entusiasmo de los poetas. Todo cuanto se habia dicho fue una indudable realidad, hasta que hizo su viaje Antenor: iban, pues, á penetrar en el misterioso Egipto, á bajar á las catacumbas, á registrar las pirámides, á encontrar manuscritos ignorados, á descifrar geroglíficos y á despertar á Thermosiris. Cuando en lugar de todo esto, el instituto desencantado en las pirámides, los soldados, no encontrando mas que montañas desnudas y chozas de tierra, se hallaron en lucha con la peste, con los beduinos y los mamelucos, el descontento se hizo general. Pero la injusticia del sufrimiento los cegó sobre el resultado definitivo. Los franceses sentaron en Egipto las semillas de civilizacion que Mehemet cultivó despues; la gloria de Bonaparte aumentó con aquella campaña; un rayo de luz penetró en las tinieblas del islamismo, y la barbarie sufrió un gran descalabro.

#### CAMPAÑA DE SIRIA.

Para prevenir las hostilidades de los bajás de la Siria y perseguir algunos mamelucos, entró Bonaparte en esta parte del mundo, á la que le habia relegado el combate de Aboukir: esto fue en 22 de febrero. Napoleon se engañaba; aquello no era otra cosa que uno de sus muchos sueños de poder. Mas dichoso que Cambises, atravesó los arenales sin ser sorprendido por el viento del Mediodía; acampa en medio de las tumbas; asalta el Arich, y triunfa en Gaza. «Nos hallábamos, escribe Bonaparte, el día 6 en las columnas colocadas en los límites del Africa y del Asia: por la noche dormimos en Asia.» Este hombre grande marchaba á la conquista del mundo.

Jaffa pasó á nuestro poder: despues del asalto, una parte de la guarnicion, que ascendía, segun Bonaparte, á unos mil quinientos hombres, y que, segun otros, ascendía á tres mil, se rindió, y se la ofreció el perdón: dos días despues mandó Bonaparte pasarla por las armas.

Walter Scott y sir Roberto Wilson refieren esta crueldad. Napoleon, en Santa Elena, no ha tenido reparo alguno en confesarlo á lord Ebrington y al doctor O'Meara. Pero hacia recaer la culpa en la posicion en que se hallaba entonces: *no podia dar de comer á los prisioneros; no podia tampoco enviarlos á Egipto bajo la custodia de una escolta.* ¿Los habia de dejar en libertad bajo su palabra? No podían ellos *ni aun comprender* lo que era el honor ni estos usos europeos.—«Wellington en mi lugar, dice, *hubiera obrado como yo.*»

Dice Mr. Thiers: «Napoleon tuvo que decidirse á adoptar aquella terrible medida, que es el único acto de crueldad de su vida: hizo pasar á cuchillo á los prisioneros que le quedaban: el ejército llevó á cabo sumiso, pero con una especie de horror, aquella ejecucion que se le habia encomendado.»

El único acto de crueldad de su vida: mucho decir es eso, despues de las matanzas de Tolon, y despues de tantas campañas en que Napoleon miró con la mayor indiferencia la vida de los hombres. Honroso es para la Francia el que nuestros soldados hayan protestado por una especie de horror contra la crueldad de su general.

Pero los asesinatos de Jaffa, ¿ponían en salvo á nuestro ejército? ¿No vió Bonaparte con qué facilidad un puñado de franceses derrotó las fuerzas del bajá de Damasco? En Aboukir ¿no derrotó él con unos pocos

caballos trece mil osmanlis? Kleber, mas tarde, ¿no hizo desaparecer al gran visir y sus myriadas de mahometanos? Si se tratase de obrar en derecho, ¿qué derecho tenían los franceses para invadir el Egipto? ¿Por qué degollaban á unos hombres que no hacian mas que usar del derecho de defensa? En fin, Bonaparte no podía invocar las leyes de la guerra, puesto que los prisioneros de Jaffa habian *depuesto las armas*, y su *sumision habia sido aceptada*. El hecho que el conquistador se esforzaba por justificar, le agobiaba: este hecho falta ó se halla vagamente indicado en los partes oficiales y en las narraciones que de él hacen los escritores afectos á Bonaparte. «Me abstendré, dice el doctor Larrey, de hablar de las horrosas consecuencias á que dá lugar regularmente el asalto de una plaza: yo he sido triste testigo del de Jaffa.» Burienne se expresa de este modo: «Aquella horrible escena me hace estremecer aun cuando pienso en ella, lo mismo que el día que la presencié, y quisiera que me fuese posible olvidarla para no tener que describirla. Cuanto se puede imaginar de horroroso en un día de sangre quedaria aun muy lejos de la realidad.» Bonaparte escribió al directorio que «Jaffa fue entregada al pillaje y á todos los horrosos de la guerra, y que nunca le habia parecido tan odiosa como entonces.» ¿Y quién habia causado aquellos horrosos?

Berthier, compañero de Napoleon en Egipto, hallándose en el cuartel general de Ens en Alemania, dirigió con fecha 5 de mayo de 1809 al comandante general del ejército austriaco un despacho, en que pintaba su indignacion contra unos pretendidos fusilamientos que se decian ejecutados en el Tiro, donde se hallaba de comandante Chasteller. Ha dejado degollar (Chasteller) setecientos prisioneros franceses y mil ochocientos ó mil novecientos bávaros: crimen inaudito en la historia de las naciones, y que pudiera dar lugar á una represalia horrible, si S. M. no mirase á los prisioneros como colocados bajo su fe y bajo su honor.

Bonaparte dice todo cuanto se puede decir, lo que se puede decir contra la ejecucion de los prisioneros de Jaffa. ¿Qué le importaban semejantes contradicciones? El conocia la verdad, y se burlaba, haciendo de ella el mismo caso que de la mentira; no daba valor sino á los resultados, siéndole indiferentes todos los medios; incomodábanle los prisioneros, y los hizo matar.

Constantemente ha habido dos Bonapartes: el uno grande, y el otro pequeño; cuando se deja de ver al primero, se ve al segundo.

Miot, en la primera edicion de sus *Memorias* (1804), pasa en silencio los asesinatos, que pueden verse en la edicion de 1814. Esta edicion ha desaparecido casi enteramente, y yo he tenido que trabajar mucho para poderla encontrar. Para afirmar uno tan triste verdad, necesitaba nada menos que un testigo ocular. Una cosa es saber en globo un acontecimiento, y otra el conocer sus mas minuciosos detalles: la verdad moral de una accion no puede juzgarse sino en todas las particularidades que la acompañan: oigamos á Miot:

«El 20 ventoso (10 de marzo), despues del medio día, los prisioneros de Jaffa se pusieron en movimiento, rodeados por las tropas del general Bon. Un ruido sordo que circulaba sobre la suerte que les estaba designada me decidió, así como á otros muchos, á montar á caballo y á seguir aquella silenciosa columna de victimas, para asegurarme de la verdad de lo que me habian dicho. Los turcos, caminando en desorden, presentian su destino; pero no vertian lágrimas, ni se oia una sola queja; hallábanse resignados. Algunos heridos, que no podian seguir á sus compañeros, fueron muertos á bayonetazos en medio del camino. Otros andaban de aquí para allí, y parecia se ocupaban de alguna tentativa para evitar un peligro tan inmi-

nente. Los mas osados pensaban tal vez que no era imposible abrirse paso por entre las tropas que les custodiaban, y que diseminados por el campo podrian algunos evitar la muerte que les aguardaba. Pero habíase previsto todo, y los turcos no hicieron ninguna tentativa de evasion.

»Llegados por fin á los arenales que se extienden al Sudoeste de Jaffa, detúvose la tropa al lado de un charco de agua amarillenta. En el mismo momento el comandante de las tropas dividió en pequeñas porciones el cuerpo de prisioneros, y estos pelotones, conducidos á diferentes puntos, fueron fusilados en ellos. Esta horrorosa operacion ocupó mucho tiempo, á pesar del gran número de tropas destinadas á aquel sacrificio, y que, debo confesarlo, se prestaron con suma repugnancia al abominable ministerio que se exigia de sus brazos victoriosos. Próximo al charco habia un grupo de prisioneros, entre los que se contaban algunos ancianos gefes, de noble y severo continente, y un jóven que se hallaba temblando. En una edad tan tierna debia creerse inocente, y este sentimiento le indujo á una accion que pareció admirar en sumo grado á los que le rodeaban. Precipitose hácia el caballo que montaba el gefe de las tropas francesas; abraza las rodillas de este oficial, y pidiendo se le perdonase la vida, exclamó:—«¿Qué delito he cometido? ¿Qué daño he hecho?» Pero aquellas lágrimas, aquellas dolorosas súplicas, todo fue inútil, y nada pudo cambiar la terrible sentencia dictada contra su vida. Todos los demás turcos hicieron tranquilamente su ablucion en aquella agua estancada, y luego, cogiéndose unos á otros de la mano, despues de haberla puesto sobre su corazon y su boca, modo con que se saludan los musulmanes, daban y recibian un eterno adios. Sus valerosas almas parecia que desafiaban á la muerte: veíase en su tranquilidad la confianza que les inspiraba en aquellos últimos momentos su religion y la esperanza de un dichoso porvenir. Parecia que se decian mutuamente:—«Dejo el mundo para ir á gozar al lado de Mahoma de una felicidad imperecedera.» Esta felicidad que el Alcoran les prometia despues de la vida, sostenia al musulman vencido, pero orgulloso, en medio de su desgracia.

»Yo mismo ví á un respetable anciano, cuyas palabras y cuyos modales daban á conocer una elevada posicion: yo mismo le ví... mandar ahondar delante de él, sobre la arena movediza, una sepultura bastante profunda para enterrarse vivo: sin duda no quiso morir sino en manos de los suyos. Extendiése de espaldas en aquella tumba tutelar y dolorosa, y sus compañeros, dirigiendo á Dios fervientes oraciones, le cubrieron de arena y pisotearon la tierra que le servia de paño mortuorio, sin duda con el fin de abreviar sus horribles padecimientos.

»Aquel espectáculo, cuya idea hace palpar mi corazon, y que no pintan sino muy débilmente mis palabras, tuvo lugar en tanto que fusilaban los pelotones diseminados. No quedaban ya mas prisioneros vivos que los que se hallaban junto al charco; los soldados habian ya dado fin á sus municiones, y era menester acabar con ellos á bayonetazos y á sablazos. Me fue imposible presenciar aquel horroroso espectáculo, y huí de aquel sitio, pálido y próximo á desfallecer. Algunos oficiales me contaron despues que aquellos desgraciados, cediendo al instintivo movimiento de la naturaleza, que nos hace evitar la muerte, aun cuando no tengamos esperanza de salvacion, se lanzaban unos debajo de otros, y recibian en los miembros los golpes dirigidos al corazon que debian terminar su triste vida. Formóse una horrible pirámide de muertos y moribundos, sangrienta y repugnante, y fue menester separar de ella los cuerpos enteramente muertos para acabar con los desgraciados que, defendidos por aquella muralla espantosa, no habian muerto aun. Este cuadro es tal como lo he

pintado, y su memoria hace temblar mi mano, que no puede reproducirlo en todo su horror.»

La vida de Napoleon, adornada de estas páginas, explica la repugnancia que hácia él se experimenta.

Conducido por los religiosos del convento de Jaffa á los arenales del Sudoeste de la ciudad, he dado una vuelta alrededor de la tumba que fue en otro tiempo monton de cadáveres, y que es hoy día pirámide de huesos, y me he paseado entre los granados cargados de su encarnada fruta, cuando la primer golondrina llegada de Europa rastreaba la tierra fúnebre.

No tardó el cielo en castigar la violacion de los derechos de la humanidad enviando la peste; al principio no hizo grandes estragos. Burienne deshace el error de los historiadores que pintan la escena de los *apestados de Jaffa* en el primer paso de los franceses por aquella ciudad, cuando no tuvo lugar hasta su vuelta de San Juan de Acre. Muchos individuos de nuestro ejército me habian ya asegurado que esta escena era una nueva fábula; Burienne confirma su dicho:

«Las camas de los apestados, dice el secretario de Napoleon, hallábanse á la derecha entrando en la primera sala. Iba yo al lado del general, y afirmo que no le ví tocar á ninguno de ellos. Cruzó rápidamente por las salas, golpeando ligeramente las vueltas amarillas de sus botas con el látigo que llevaba en la mano, y decia estas palabras marchando á grandes pasos:—«Es preciso que vuelva á Egipto, para librarle de los enemigos que van á llegar.»

En el parte oficial del mayor general de 27 de mayo no se habla una palabra de los apestados ni de la visita al hospital.

¿Qué es, pues, el interesante cuadro de Cros? Una obra maestra del arte, y nada mas.

San Luis, menos favorecido por la pintura, fue mas heroico en su modo de obrar: «El buen rey, afable y humano, cuando esto vió, tuvo gran dolor en su corazon, y haciendo abandonar todo, mandó hacer sepulturas en medio de los campos y erigir un cementerio. El rey Luis ayudó á enterrar los muertos con sus propias manos. Cuando apenas se podia hallar una persona que quisiera hacerlo, el rey iba todas las mañanas, en los cinco días que duró el enterrarlos, despues de oido misa, y decia á su gente:—«Vamos á enterrar á los mártires que han padecido por Nuestro Señor, y no os canséis de este trabajo, porque han sufrido mas que vosotros.» Hallábanse allí presentes, en traje de ceremonia, el arzobispo de Tiro y el obispo de Damietta, juntamente con su clero, que cantaba las oraciones fúnebres. Estos tenian apretadas sus narices entre las manos por no poder aguantar el hedor de los cadáveres, pero nunca se vió al buen rey Luis taparse las suyas: ¡tan grande era su devocion!»

Bonaparte sitió á San Juan de Acre. Vertióse sangre en Caná, que fue testigo de la curacion del hijo del Centurion, obrada por Cristo: en Nazareth, que abrigó la pacifica infancia del Salvador: en el Thabor, que presenció la transfiguracion, y que oyó la palabra de Pedro:—«Señor, bien estamos en esta montaña; levantemos aquí tres tiendas.» Desde el monte Thabor fue expedida la orden del día á las tropas que ocupaban á Sour, la antigua Tiro, Cesárea, las cataratas del Nilo, las avenidas pelusinas, Alejandria, y las orillas del Mar Rojo, donde están las ruinas de Kolsum y de Arsinoe. Sonaban muy agradablemente á los oídos de Napoleon estos nombres, que se complacia en repetir á menudo.

En aquel lugar de los milagros, Kleber y Murat renovaron los hechos de armas de Tancredo y de Renaud; dispersaron los pueblos de la Siria; se apode-

raron del bajá de Damasco; dirigieron una mirada sobre el Jordan, sobre el mar de Galilea, y tomaron posesion de Scafet, la antigua Betulia. Bonaparte hace notar que los habitantes señalan el sitio en que Judith mató á Holofernes.

Los habitantes árabes de la montaña de la Judea me han hecho conocer tradiciones mas verdaderas, cuando me gritaban en francés:—*En avant marche*. (¡Marchen!)—En los *Mártires* dejó dicho que estos mismos desiertos han visto marchar los ejércitos de Sesostris, de Cambises, de Alejandro y de César. ¡Siglos futuros! Vosotros conduciréis aun allí ejércitos no menos numerosos, y guerreros no menos célebres.»

Despues de haberme guiado por las huellas recientes aun de Napoleon en Oriente, he vuelto despues á aquel país, cuando ya no existia.

San Juan de Acre hallábase defendido por Djezzar, el *Carnicero*. Háble escrito Bonaparte desde Jaffa el 9 de marzo de 1799:—«Desde nuestra entrada en Egipto os he manifestado muchas veces que no tenia intencion de haceros la guerra, y que mi único objeto era el expulsar á los mamelucos... Dentro de pocos días marcharé sobre esa plaza. ¿Pero qué motivos habia yo de tener para quitar algunos años de vida á un anciano que no conozco? ¿Qué son unas pocas leguas mas al lado de los países que he conquistado?»

Djezzar no se dejó engañar con estas halagüeñas palabras: el viejo tigre desconfiaba de las uñas de su jóven compañero. Hallábase rodeado de criados mutinados por su propia mano.—«Dicen que Djezzar es un turco cruel, decia hablando de sí mismo, y un hombre de poco mas ó menos; pero, sin embargo, yo no he menester de nadie, y soy buscado. Nací pobre; mi padre no nos dejó mas herencia que su valor; me he levantado á fuerza de trabajo, y esto no me enorgullece, porque todo tiene fin, y hoy ó mañana tal vez concluirá tambien Djezzar, no porque sea viejo, como dicen sus enemigos, sino porque Dios lo ha dispuesto así: el rey de Francia, que era un rey muy poderoso, ha perecido. Nabucodonosor fue muerto por un moscardon, etc.»

Al cabo de sesenta y un días de atrincheramientos, se vió obligado Napoleon á levantar el sitio de San Juan de Acre. Nuestros soldados, saliendo de sus barracas de tierra, se apoderaban de las balas de nuestros enemigos, que nuestros cañones les devolvian. Obligadas nuestras tropas á defenderse contra la ciudad y contra los navíos de los ingleses, dieron nueve asaltos, y subieron cinco veces sobre las fortificaciones enemigas. Habia en San Juan de Acre una torre llamada *Maldita*, del tiempo de las cruzadas. Esta torre habia sido sin duda reemplazada por la gran torre que destruyó Bonaparte. Nuestros soldados penetraron en las calles, donde se batieron cuerpo á cuerpo durante la noche. El general Lannes recibió una herida en la cabeza, y Colbert otra en el muslo; contáronse entre los muertos á Boyer, Venoux y al general Bon, que fue el encargado de la ejecucion de los prisioneros de Jaffa. Kleber decia, hablando de aquel sitio:—«Los turcos se defienden como los cristianos, los franceses atacan como los turcos.» Critica de un soldado que no era afecto á Napoleon. Bonaparte se retiró proclamando que habia arrasado el palacio de Djezzar, y bombardeado la ciudad hasta el punto de no dejar piedra sobre piedra; que Djezzar se habia retirado á uno de los fuertes de la costa con sus tropas; que se hallaba gravemente herido, y que las fragatas mandadas por Napoleon se habian apoderado de treinta embarcaciones sirias cargadas de tropas.

Sir Sidney Smith y Phelippéaux, oficial de artillería emigrado, auxiliaban á Djezzar; el uno habia estado prisionero en el Temple, el otro era compañero de estudios de Napoleon.